



Javier Puebla escritor

*bajo mi sombrero*

# Ninguno se quería marchar

**La esquina de** Hermosilla con Claudio Coello está desbordada de gente que habla y ríe y sonrío y fuma y se esfuerza en no mirar el reloj, ni a los taxi-buitre con su luz verde encendida y alineados como si estuvieran ante la puerta de salida de una estación de ferrocarril o un aeropuerto. Los empleados del Teatríz han ido empujando suave, pero también firmemente, a todos los invitados de la fiesta anual de Mondadori, el grupo editor de el best-seller *Las sombras de Grey*. Pero a los empleados del Teatríz lo de Grey les da igual; se acercan las tres de la noche y sólo quieren echar el cierre, así que pastorean a los rezagados hasta que logran expulsar al último, dejando a los últimos celebrantes en la calle; sin embargo nadie parece darse cuenta de que está ya en la calle, que no tiene ninguna copa en la mano, que es de noche y mañana no todo el mundo podrá levantarse a la hora que quiera; aunque muchos sí, porque abundan los escritores. Al comenzar la fiesta, a eso de las diez, no había prácticamente ninguno; han ido llegando más tarde, y algunos se han visto obligados a esperar frente a la puerta hasta que comenzaran a salir aquellos que sí se levantan absolutamente todos los días a las seis, siete u ocho de la mañana, y la medianoche les parece una hora suficiente para levar anclas y regresar al hogar. No sé en qué momento la fiesta comienza a tornarse tan divertida que el



*Porque ninguno nos queríamos ir, ni en ese momento ni nunca, mientras dure el esplendor en la hierba*

concepto de tiempo desaparece —y cinco horas o cuatro sólo parecen tres minutos—. Creo que es cuando llega **Jorge Díaz**, con **Marina Bielsa** y **Claudia Braña**, pero justo a la vez han aparecido **Lorenzo El Joven** e **Irina Salabert**. Las caras desconocidas se trocan en caras largamente conocidas, y saludo a los **Casariago**, **Martín** y **Nico**, y también a **Jerónimo Tristante**, y a **Nacho del Valle**, **Marta**

**Rivera de la Cruz**, **Silvia Pérez Trejo**, **Viviana Fernández**, **Recaredo Veredas** y **Aúrea**, su mujer, que está embarazada, y un momento más tarde, aunque quizá hayan pasado dos horas, a **José Pazó** y **Javier Vázquez** y **Paco Balbuena** y **Helena Cosano** y **Carlos Salen** y **Pedro de Paz** y **Laura Merle** y **Eduardo Melón** y **Emi López**, la editora más guapa que he visto jamás, hasta que —a modo de punto final— aparece **Malcolm**, **Malcolm Otero Barral**, que está montando una nueva editorial, y todos estamos fuera ya del Teatríz. ¿Qué pasa? Nos echan. Nos han echado ya. Aunque nadie o casi nadie parece advertirlo, se proponen nombres, sin mucho entusiasmo, lugares a donde se podría ir para seguir bebiendo y hablando. Los taxistas con sus luces verdes han colapsado por completo la calle, y siguen esperando. Porque ninguno nos queríamos ir, ni en ese momento ni nunca, mientras dure “el esplendor en la hierba”, como le llamó **Elia Kazan**. Porque en la puerta del Teatríz, la noche del 6 de junio de 2013 se ha parado el tiempo por completo, a nadie se le niega la sensación de alegría y felicidad. Y por eso ninguno nos queríamos ir. Y por eso también escribo estas palabras: para que ninguno de los que estamos allí tengamos que irnos nunca, ninguno; no abandonaremos ese momento perfecto en la puerta del Teatríz. Jamás. ■

[www.javierpuebla.com](http://www.javierpuebla.com)